

EL SIGNIFICADO DE LA “CIENCIA LIBRE DE VALORES” EN LA SOCIOLOGÍA COMPENSIVA DE MAX WEBER*

Julián Sauquillo

Universidad Autónoma de Madrid

“(…). No existe, juzgando con rigor, una ciencia “libre de supuestos”, el pensamiento de tal ciencia es impensable, es paralógico: siempre tiene que haber allí una filosofía, una “fe”, para que la ciencia extraiga de ésta una dirección, un sentido, un límite, un método, un *derecho* a existir. (…).” Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Tratado III, 24 (1887).

“¿Por qué me suscita siempre la impresión de un actor que sobreactúa quien declara no estar ejerciendo otro papel que el de objetivo expositor de la realidad o imparcial mensajero de los hechos?”

“La leal recomendación: “Ajústate a los hechos”, a poco que se recalque, amaga siempre teñirse y aun virarse en el desleal y tácito mensaje: “Doblégate a lo más fuerte”.”

“La forma en que nos dicen: “Los hechos son tozudos”, moviendo el dedo índice en el aire, como a modo de admonición o hasta amonestación moral, no nos hace pensar sino que de un momento a otro van a presentarnos sus credenciales de ministros plenipotenciarios de la Facticidad.” Rafael Sánchez Ferlosio, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* (1993)

1.- El conocimiento como una causa.

Decía Max Weber que a Ihering le venía la inspiración en el sofá mientras fumaba un cigarro. Pero al sabio de Heidelberg no se le escapaba que el acopio de ocurrencias geniales procede del azar, en primer lugar, y de una poderosa personalidad, en segundo, formada más en la mesa de trabajo que en la acumulación de experiencias. Algunas veces, uno se pregunta en qué grado los aciertos de los demás en la investigación se deben a la suerte o al trabajo constante. Durante los largos paseos que a veces procuran las estancias académicas fuera de la propia provincia, cabe completar la visión de los colegas que uno se formó en las lecturas. Pude apreciar la extrema vocación científica del profesor José Delgado Pinto en la ciudad de Oviedo, en los intervalos que nos

* Agradezco a Antonio Valdecantos la discusión y las aportaciones a este trabajo. Este trabajo ha sido publicado en *El positivismo jurídico a examen : estudios en homenaje a José Delgado Pinto* (José Antonio Ramos Pascua y Miguel Ángel Rodilla González (eds.)), Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2006, pags. 1179-1196

permitieron los ejercicios proto-funcionariales de un filósofo buenista que, a pesar de su extrema profundidad, aún nos daba alguna tregua entre una y otra jornada de pruebas. Su sobria bonhomía por la vetusta ciudad se sumaba al carácter excelente del pedagogo y del científico que ya me había interesado sobremanera en mi primera lectura de sus escritos: una auténtica “puesta de largo” de la filosofía del derecho y moral española en las “Tanner Lectures” que me tocó comentar, todavía muy joven, por duplicado, tanto para un periódico como para una revista científica, y donde colaboró singularmente nuestro querido profesor¹.

Traigo aquí, con el deseo de que le agrade, muchos años después, no a uno de los críticos epígonos de Kelsen, que tanto le han hecho meditar a D. José sobre la “crisis del positivismo”, sino a uno de los predecesores más influyentes del sabio de Viena. Es sabido que al autor de la *Teoría general del Derecho y del Estado* (1945) le hubiera interesado seguir de forma más intensa los cursos en Heidelberg del gran maestro de la sociología comprensiva. En 1908, Kelsen decidió viajar a Heidelberg para estudiar con Georg Jellinek, la máxima autoridad entonces en teoría general del Estado. La decepción fue grande pues Jellinek no aceptaba la más mínima contradicción. De aquella ciudad le quedó el pesar de no haber entrado más en contacto con el círculo de Max Weber. Pero se sabe que el único contacto personal que mantuvo fue con Emil Lederer, asistente de Weber y secretario del “Archivo para Ciencias Sociales y Política Social”, codirigido por el autor de *Economía y sociedad* (1921), Werner Sombart y Edgar Jaffé². Mucha tuvo que ser la influencia de los comentarios de Weber sobre el papel metodológicamente diferente de la interpretación de la ley realizada por la dogmática jurídica y la interpretación de la acción individual en la sociología comprensiva. Desde luego, la descripción que Weber hace de la tarea de la jurisprudencia sería, creo, aprobada sin reservas por Kelsen: “(...) la jurisprudencia se limita a constatar lo que es válido según las reglas del pensamiento jurídico, en parte estrictamente lógico y en parte vinculado por unos esquemas convencionalmente contruidos. Su función es determinar *cuándo* son obligatorias determinadas normas jurídicas y determinados métodos para su interpretación. No responde, en cambio, a la cuestión de *si* debe existir el Derecho o

¹ José Delgado Pinto, “La función de los derechos humanos en un régimen democrático”, *El Fundamento de los Derechos Humanos* (Javier Muguerza y otros. Edición preparada por Gregorio Peces-Barba Martínez), Madrid, Editorial Debate, 1989, 346 págs., págs. 135-144.

² Rudolf Aladár Métall, *Hans Kelsen. Leben und Werk*, Wien, Franz Deuticke, 1969 (traducción Javier Esquivel *Hans Kelsen. Vida y Obra*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas. Universidad Nacional Autónoma de México, 1976, 128 págs., págs. 17-19).

de si deben establecerse precisamente esas normas y no otras: sólo puede indicar que si quiere obtenerse tal fin, el medio apropiado para alcanzarlo, de acuerdo con las reglas de nuestro pensamiento jurídico, es tal o cual norma. (...).”³ No me internaré en el intrincado camino de las posibles influencias sino que analizaré cuál es el lugar de los valores dentro de la metodología de Weber a partir de la crítica que hizo al positivismo y a la escuela histórica en su época. Los debates de Max Weber con todo el pensamiento social de su tiempo -especialmente con Dilthey, Windelband y Rickert- estaban procurando una metodología para la sociología comprensiva, ni deudora de los esquemas metodológicos de las ciencias naturales ni predispuesto por las apreciaciones valorativas de la sociología alemana predecesora, agrupada dentro del “socialismo de cátedra” -ya se trate de Schmoller, Wagner o Schaffle-, tan influyente en la concepción del “hecho social” de Émile Durkheim⁴.

La lectura norteamericana de Weber es plural. Existe, entre otras muchas, una lectura dramática y freudiana donde toda su teoría aparece como una lucha con el nacionalliberalismo de su padre⁵. Pero ha predominado una lectura netamente positivista de sus escritos que no es acertada⁶. Talcott Parsons ha hecho hincapié en la distinción entre la *Wertfreiheit* –independencia respecto a juicios de valor- y la *Wertbeziehung* –referencia a valores-. La *Wertfreiheit* supone que comportarse como científico consiste en buscar la claridad, la coherencia y la argumentación lógica, preservando el control objetivo de las conclusiones científicas que han de tener un carácter universal. Este sistema particular de subvalores no puede ser sacrificado por otros subsistemas como las creencias morales, políticas o religiosas del investigador. De ahí que la “ciencia” no permita calificativos como “racionalista”, “cristiana” o “socialista”. Tampoco cabe el adoctrinamiento o el consejo preferente

³ Max Weber, *Politik als Beruf*, Verlag Duncker & Humblot, Berlin-Munich (introducción Raymond Aron, París, Librairie Plon, 1959) (traducción Francisco Rubio Llorente, *El político y el científico*, Madrid, 1967, Alianza Editorial, 1967 (7ª ed. 1981), 231 págs., págs. 180-231, pág. 210). Una completa visión de la metodología y las aportaciones de Max Weber a la sociología del derecho se encuentra en María José Fariñas, *La sociología del derecho de Max Weber*, Madrid, Civitas, 1991, 459 págs..

⁴ Monique Hirschhorn, *Max Weber et la sociologie française* (prefacio Julien Freund), París, L’Harmattan, 1988, 229 págs., págs. 35-53.

⁵ Robert Mitzman, *The Iron Cage: An Historical Interpretation of Max Weber* (prefacio Lewis A. Coser), Nueva York, Alfred A. Knopf., Inc., 1969 (traducción Ángel Sánchez Pascual y María Dolores Castro Lobera *La jaula de hierro: una interpretación histórica de Max Weber*, Madrid, Alianza Editorial, 1976, 288 págs.)

⁶ Emilio Lamo de Espinosa, José María González García y Cristobal Torres Alberó, *La Sociología del conocimiento y de la ciencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, 632 págs., págs. 86, 87.

del científico, amparado en sus saberes. Pero Parsons oscila entre esta neutralidad y la dificultad para que se produzca un encastillamiento del científico en la torre de marfil de la investigación. El científico es un hombre en la sociedad. Así que los valores han de fecundar, como un padre, a la ciencia, madre, sin que quepa una “inmaculada concepción”. Existe una independencia fundamental de la ciencia y, a su vez, una interdependencia de la tarea científica respecto de la vocación individual y la organización social de la investigación moderna⁷.

Qué sea esta vocación científica individual y qué virtualidad concedió Weber al científico capaz de plantear adecuadamente –si cabe, resolver- problemas planteados en su tiempo son aspectos polémicos. Lo que parece seguro es que observó la organización moderna de la investigación como un suceso al que no cabía oponerse y planteó qué disposición vocacional creía más conveniente para el científico con una amplia independencia y en pugna con muchos de los sistemas de valores dominantes en la investigación universitaria. Analizar básicamente sus opiniones fundamentales sobre la vocación científica nos puede aportar una primera aproximación a la petición weberiana de neutralidad en la teoría social. Luego veremos que la elaboración de los instrumentos de investigación de su sociología comprensiva –construcción de “tipos ideales”, proceder comparativo⁸- no eludió las elecciones valorativas del científico.

En *La ciencia como vocación* (1919), Weber elabora un tipo ideal de científico y explica las razones de su construcción con toda lógica⁹. Weber distingue entre el científico de aportaciones genuinas y quienes nunca podrán decir “algo quedará de cuanto hice”. Aunque considera ineluctable el paso decisivo del tiempo en que un profesor podía vivir intelectualmente de la riqueza de su biblioteca a la dependencia inevitable de una organización burocrática de la Universidad –lo que Parsons llama “organización moderna de la investigación”, inocuamente- y la especialización en el trabajo científico, la salida que observa como más conveniente para la investigación, a principios del siglo XX, se abre paso en el proceloso campo

⁷ Talcott Parsons et alii., “Evaluación y objetividad en el ámbito de las ciencias sociales: Una interpretación de los trabajos de Max Weber” (traducción Oscar Colman), *Presencia de Max Weber*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1971, 265 págs., págs. 9-38).

⁸ Stephen Kalberg, *Max Weber’s comparative-historical sociology*, Cambridge, Polity Press, 1994, 221 págs., págs. 81-101.

⁹ Ahmad Sadri, *Max Weber’s Sociology of Intellectuals*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1992, XII+167 págs., págs. 81-85. Para seguir el debate que se produce entre la I y la II Guerra Mundial sobre “La ciencia como vocación”, Vid. Peter Lassman, Irving Velody y Herminio Martins, *Max Weber’s “Science as a vocation”*, Londres, Unwhin Hyman, 1989, 220 págs..

de las prácticas científicas al uso. Contra el designio de los tiempos modernos, fue lo más contrario a un especialista, mostró simpatías con el diletante y fió sus resultados a sus propias fuerzas más que al engranaje investigador. Observó la “organización moderna de la investigación” como un imponderable y volvió a considerar que la creatividad no derivaba de la racionalización del saber sino de dotes singulares en el desempeño de la *causa* científica. ¿Piensa Weber que haya algún premio a alguna satisfacción para el científico? No. El acierto o el resultado de las largas investigaciones nunca está asegurado, por más inagotable que haya sido el esfuerzo, y del científico sólo depende haber perseverado en la mesa de trabajo. La ocurrencia científica no depende del frío cálculo sino de una pasión y una embriaguez por la búsqueda, ridícula para el ajeno a la vocación científica, que *puede* llevar a la inspiración *dentro de la actividad especializada*. Weber es tajante en descartar que esta atención del investigador a la causa científica guarde cualquier correspondencia con ser promocionado académicamente. Muy al contrario, previene de la adversidad: la existencia de ese medio burocrático convierte a la “vida académica” en “puro azar”; y advierte de sus negativos efectos: tal aleatoriedad había causado serios daños espirituales y psíquicos a los investigadores de su época. La crudeza compulsiva de Weber con el medio académico -puede corroborarse en sus escritos- no es accesoria sino que se incardina en su teoría sobre el científico. Trazaba un paralelismo entre el paternalismo desactivador de la política alemana ejercido por Bismarck y la pérdida de libertad académica en la Universidad alemana, bajo el control de personajes como Friedrich Althoff, quien supeditaba la “dignidad” y “rectitud” de la Universidad al poder gubernativo¹⁰.

2.- Un nuevo ideal metodológico.

La discusión de Weber sobre la tan traída, en su tiempo, *Wertfreiheit* no tiene nada de tópica. Su entrada en el debate sobre la supuesta neutralidad repasa los cambios básicos acontecidos en el proceso de racionalización del saber occidental y su consiguiente desencantamiento, de una parte, y el grado o nivel de

¹⁰ Max Weber, *On Universities. The Power of the State and the Dignity of the Academic Calling in Imperial Germany* (traducción y nota introductoria Edward Shils), Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1976, 62 págs..

planteamientos morales que se practican en diversas ramas de las ciencias naturales, de otra. En primer lugar, el autor de la *Ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905)¹¹ era consciente de que la capacidad iluminadora del filósofo platónico, diestro para recibir la luz y alumbrar con la ciencia a quienes sólo han experimentado un mundo de sombras, formaba parte de un pasado superado por la aparición de los conceptos y la lógica implacable, así como el experimento racional. La ciencia moderna, plantea Weber, ni es camino para el perfeccionamiento artístico en la naturaleza, ni indica una significación divina para la vida. Quien afronte la causa científica, con rigor, va a encontrarse con el desesperado vaticinio de Nietzsche¹² y Tolstoi, los grandes desengaños en la modernidad a los que Weber acude: no hay lugar para el eudemonismo en la pasión por el saber. El hombre que cultiva una ciencia ni colmará su curiosidad ni alcanzará durabilidad para sus saberes que alcance más de algunas décadas. En la modernidad, ni el científico ni el hombre de la calle encuentran un fundamento para la vida en la ciencia. Quién mejora su conocimiento y siente la insatisfecha avidez de que algo le queda sin explicar en el mundo no encontrará justificación alguna a que su camino de perfección se trunque con la muerte, mientras que el agricultor que vivió los ciclos vitales de nacimiento, crecimiento y muerte de sus cosechas esperará sereno el cierre de su propio ciclo vital. E, igualmente, el indígena que caza para sostenerse a sí mismo y a su clan vive, después de todo, mejor encardinado con la naturaleza que el hombre común moderno que se beneficia de la comodidad de los objetos técnicos sin requerir, para ello, desentrañar su interior, su existencia técnico-científica. El desencantamiento propio de la ciencia no deja lugar, en el argumento de Weber, a que el científico aporte a sus contemporáneos el sentido de la vida, a no ser que acuda a la injustificada grandilocuencia de los profetas o los mesías. En segundo lugar, para Weber, no obstante esta limitación de la ciencia cara a orientar nuestra vida, hay ciencias más lejanas a los presupuestos valorativos, como algunas ciencias naturales, y otras más tendentes a postular o a experimentar el envite de las finalidades colectivas. Las ciencias sociales están habitualmente más impregnadas por los presupuestos valorativos. Pero, para el sabio de Heidelberg, la

¹¹ Max Weber, *Protestantische ethik*, Tübingen, J. C. B. Mohr (traducción Luis Legaz Lacambra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 1969 (5ª ed. 1979), 262 págs.).

¹² La exposición de las coincidencias entre Nietzsche y Weber como críticos de la modernidad ha sido realizada por Wolfgang Mommsen, *Max Weber: Gesellschaft, Politik und Geschichte*, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1974 (versión Ernesto Garzón Valdés *Max Weber. Sociedad, política e historia*, Barcelona, Editorial Alga, 1981, 332 págs.)

ciencia no puede orientar a la sociedad sino, todo lo más, contribuir a plantear mejor –lógica y conceptualmente- los problemas sociales para analizar las opciones a elegir, sus costes y sus consecuencias previsibles. Las aportaciones de las ciencias son dominio técnico de la realidad interna y externa de los hombres, métodos de pensamiento, claridad, adecuación de medios a fines y desvelamiento de con qué concepción de la vida está relacionada determinada elección. El análisis no evita la elección. De aquí la autorrestricción que ha de practicar el docente de no emitir sus propias opiniones en las explicaciones a sus estudiantes o de advertir cuando ciertas afirmaciones expuestas se alejan del sobrio análisis lógico y conceptual de los problemas más candentes. Resguardado por el uso profesoral del estrado, el docente puede incurrir –advierte Weber- en un doctrinario abuso. El profesor puede mantener una labor de consejero con los jóvenes fuera del aula o debe intervenir en los debates públicos pero fuera de los estrictos límites del aula. Enseña un método de razonamiento y análisis pero no guía la conducta.

Para Weber, la ciencia no es una nueva divinidad que se sobreponga a la fractura definitiva del monismo de las sociedades premodernas. Nietzsche, con el anuncio de que “Dios ha muerto” y no existe principio unificador y fundante de la realidad –*Así habló Zaratustra* (1883-1891)-, y Baudelaire, con la destrucción de la socrática unión de verdad, bien y belleza, al propagar que las flores son extremadamente bellas porque son extraordinariamente malignas –*Las flores del mal* (1857)-, han ratificado la contienda entre los valores, la lucha irreductible entre los demonios que pueden orientar nuestra vida y nuestras elecciones individuales. Así, el autor de “La política como vocación” reúne la misma metafísica politeísta que Nietzsche y Mill, luego proseguida coherentemente por I. Berlin. Weber, claro está, no es tan ingenuo de pensar que la secularización de nuestro tiempo es total. Supone que todas las ciencias poseen “presupuestos valorativos previos”: “Ninguna ciencia carece por entero de supuestos previos y ninguna puede demostrar su propio valor a quienes rechazan estos supuestos (...)”¹³. Pero entre la Teología y las ciencias de la naturaleza –los dos extremos de contaminación y pureza valorativa- nos encontramos toda una escala de impregnación de los valores en las ciencias sociales: la Sociología, la Historia, la Economía, la teoría del Estado, la Filosofía de la Cultura y el Derecho pueden adolecer –en la argumentación de Max Weber- de una

¹³ Max Weber, “La ciencia como vocación”, *El político y el científico*, Op. Cit., págs. 226, 227.

impureza metodológica que no se justifica en nuestro tiempo: la jurisprudencia se ha de limitar a constatar qué normas son válidas y cuando son obligatorias según unos métodos interpretativos; la historia se restringirá a exponer las circunstancias históricas de los fenómenos sociales y no su oportunidad o inconveniencia, según criterios valorativos; y la ciencia del arte estudiará las condiciones de existencia del hecho artístico sin plantearse si *deben* existir o no obras de arte.

Este “desideratum” de neutralidad valorativa no le apartó de la participación y el compromiso político. Su dedicación pública fue intensa y de un republicanismo nacionalista llamativo¹⁴. Si la ciencia no puede ordenar la conducta de los ciudadanos y dar un sentido último a la actividad del científico, a Weber cabe situarle dentro de un *nihilismo activo* libre de las concepciones valorativas que dan seguridad a los hombres¹⁵. Resguardados el aula y el centro de investigación de los presupuestos valorativos, el sabio no está impedido para participar en los asuntos sociales más candentes. Si “dentro de las aulas no existe ninguna virtud fuera de la simple probidad intelectual”¹⁶, fuera “no basta con esperar y anhelar” que acabe la noche de las tenebrosas inseguridades y alumbre el día de las certezas y seguridades. Cada uno ha de ser obediente como hombre al “demonio que maneja los hilos de su vida” y responder a las “exigencias de cada día”¹⁷. Queda por ver si existe, verdaderamente, esa doble dimensión científica, de un lado, y política, de otro, en las aportaciones sociológicas y los testimonios políticos de Weber o tal separación responde a una estrategia retórica con finalidades prácticas. Las exigencias que tuvo que atender Weber fueron de las más esperanzadoras, así la elaboración del artículo 41 de la Constitución de Weimar, a las más desmoralizantes, como recorrer los campos de batalla de los derrotados alemanes en trenes franceses premeditadamente lentos, camino de las reuniones que darían lugar al Tratado de Versalles¹⁸. Sus alocuciones públicas de tono directamente crítico se dan ante auditorios derrumbados por el final de la primera gran guerra, militares, lectores de periódicos o colegas suspicaces: “Parlamento y Gobierno en una Alemania reorganizada. Una crítica política de la burocracia y de los partidos”

¹⁴ Wolfgang J. Mommsen, *Max Weber and German Politics 1890-1920* (traducción Michael S. Steinberg), Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1984, 498 págs..

¹⁵ Robert Eden, *Political leadership & Nihilism. A study of Weber & Nietzsche*, Florida, University Presses of Florida, 1983, 348 págs., págs. 166, 167.

¹⁶ Max Weber, “La ciencia como vocación”, *El político y el científico*, Op. Cit., pág. 230.

¹⁷ Ibid. pág. 231.

¹⁸ Para el estudio de la sociología de la dominación de Max Weber, Vid. Joaquín Abellán, *Poder y política en Max Weber*, Madrid, Bibliote Nueva, 2004, 229 págs..

(1918) aparece en el *Frankfurter Zeitung* todavía en plena guerra, “La política como vocación” y “La ciencia como vocación” (1919) son dadas tras la derrota ante jóvenes recién licenciados del servicio militar, “El socialismo” (1918) es ofrecida a militares y “El Estado nacional y la política económica” (1895) es un discurso de toma de posesión de la cátedra dado a unos colegas escandalizados. La interpretación de estos textos, llenos de juicios de valor, plantea si Weber ha cumplido en las escritos agrupados póstumamente por Winckelmann en *Economía y sociedad* su ideal de neutralidad valorativa y ha vertido, de otra parte, sus opiniones políticas en una serie de escritos premeditadamente políticos, como si fueran una especie de “caja de los truenos” que sólo se abre en las intervenciones públicas. O si, por el contrario, la sociología descriptiva y los valores andarían más comunicados, pues lo que Weber habría procurado con la *Wertfreiheit* es ofrecer un ideal metodológico para ciencias cargadas de juicios de valor, luego contradicho por la realidad y que ni él cumplió¹⁹. Indudablemente, la dimensión de reformador social de Weber y su vocación política frustrada colorean sus escritos sociológicos. Pero, creo, que el ideal de ciencia libre de presupuestos valorativos se sostiene como una línea de demarcación de la sociología instituida por Weber. La *Wertfreiheit* es un ideal metodológico y responde a su intento de transformar el modo en que se había realizado la sociología anteriormente –comprometida con los valores del nacional-liberalismo de la generación de su padre- en un esfuerzo neto de refundación metodológica. Las razones metodológicas de la sociología comprensiva completan, es cierto, el análisis de la sociología explicativa, seguidora del método científico-natural. Pero el debate con sus predecesores en la sociología y en la Universidad contiene una fiereza destructiva de toda gigantomaquía académica no menos poseedora de un credo: “Nunca, sin embargo, ha surgido una profecía nueva (y repito deliberadamente esta imagen que puede resultar chocante para algunos) para satisfacer la necesidad que ciertos intelectuales modernos parecen sentir de amueblar, por así decir, sus almas con cosas viejas y de garantizada autenticidad. Al experimentar esta necesidad se acuerdan de que entre esas cosas viejas figuraba también la religión que ellos ya no tienen, y se construyen entonces como sustitutivo de ella una especie de capillita doméstica de juguete, amueblada con santitos de todos los países del mundo, o la sustituyen con una combinación de todas las

¹⁹ Antonio Valdecantos, “Argumentos weberianos”, *Claves de razón práctica*, nº 27, noviembre 1992, 80 págs., págs. 59-64, pág. 60.

posibles experiencias vitales, a la que atribuyen la dignidad de la santidad mística para llevarla cuanto antes al mercado literario. Todo esto es, simplemente, o charlatanería o ganas de engañarse a sí mismos. (...).”²⁰. Liberarse de los presupuestos valorativos de esta fe en un altarcillo de sabios le condujo a Weber a una defensa del crepúsculo de todo ídolo. Está claro que, dicho así, la conclusión normativa de liberarse de presupuestos valorativos es patente. El debate con sus predecesores académicos sería ingenuo pensar que es estrictamente metodológico.

3.- Soportar la propia valoración sin consuelo alguno.

Una lectura sugerente del “estar libre de valores” o *Wertfreiheit* hace de este concepto más un postulado práctico que un principio metodológico. Así “estar libre de valores” consiste en ver problemas en lo que se considera evidente, en descubrir sin prejuicios los problemas que se esconden tras los juicios más asentados y asumidos por todos. Mientras la generación de los “socialistas de cátedra” creyó en la necesaria coincidencia de todos en sus valores, la generación de Weber –así lo expresa en “El Estado nacional y la política económica” (1895)²¹- supone que se ha producido una mayor diferenciación en los juicios de valor que antes. Ahora Weber cree que hay problemas de “deber ser” (concernientes a las decisiones), como el modo de mejorar la economía política de la nación alemana, que no pueden ser resueltos técnico-económicamente. Solucionar el problema político del este del Elba –analizado en su discurso de cátedra- requiere optar entre valores en lucha: los de las clases altas, los “junker”, enemigos de los intereses nacionales; los del proletariado todavía no preparado para liderar las decisiones de la comunidad; o los de la burguesía capaz, aunque sea incipientemente, de regenerar la política económica de Alemania. Weber está *postulando* la superación del modo, supuestamente técnico, de plantear los problemas sociales de sus predecesores. El trasfondo de esta superación, a escala nacional, es una regeneración de la política de las clases altas por la política de la burguesía renovadora; y, a nivel universitario, el debate con los sociólogos que supeditaban los resultados científicos a los intereses partidistas manejados en los despachos gubernamentales, Adolf Wagner

²⁰ Max Weber, “La ciencia como vocación”, *El político y el científico*, Op. Cit., págs. 228, 229.

²¹ Max Weber, *Gesammelte Politische Schriften* (edición Johannes F. Winkelmann), Tübingen, (3ª ed. 1971) (traducción y estudio preliminar Joaquín Abellán “El Estado Nacional y la política económica”, *Escritos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, 370 págs.).

y, sobre todo, Gustav Schmoller. Para analizar el problema del este del Elba, hay que buscar –señala Weber- los ideales en el propio pecho sin una calle pavimentada –un camino otorgado irrefragablemente por la ciencia gubernativa- de acceso a unos valores dados. El científico deja a un lado sus propios valores para que sea posible una discusión abierta sobre los valores en liza. El tratamiento lógico y científico de las cuestiones prácticas no nos exime, según este argumento, ni de separar ambos niveles ni de tener que elegir qué solución adoptar entre las posibilidades desbrozadas por la ciencia. Una *Wertfreiheit* posibilita así que la reflexión sea más fundamental que un compromiso político o una responsabilidad social. El compromiso científico de Weber, libre de valores, consiste en encarar los problemas sin presupuestos, soportando la propia valoración sin consuelo alguno²². Nunca supuso que los valores quedaran fuera de las ciencias del espíritu en cuya conformación intervino. La formulación de sus conceptos fundamentales era reconocidamente valorativa. Weber operaba dentro de una visión valorativa de las ciencias del espíritu. Viene muy al caso señalar que una mala traducción de la obra de Mill –“moral sciences” por “ciencias del espíritu” (Geisteswissenschaften)- sirvió para denominar así a las humanidades en Alemania. A partir de esta entrada azarosa de las “ciencias del espíritu” en el orden semántico de la academia, estas ciencias operaron una función estimativa, valorativa, de aquellos saberes dignos de ser estudiados en las actividades literarias, religiosas o de pensamiento. Estudian lo que conviene saber de las acciones humanas con marcada animadversión hacia la filosofía moral. Es el sabio quien determina qué merece la pena conocer, en caso de dificultad en su determinación²³. Este era el modo de proceder teóricamente estimativo de Weber.

A Weber le parecía que los problemas metodológicos abundan en el desarrollo de las ciencias sociales, cuando cambian los puntos de vista habituales de análisis, aparecen nuevos objetos de estudio y han de revisarse las formas lógicas de estudio antes consagradas. Son momentos de excepcionalidad en la actividad científica, donde no basta con andar sino que hay que reparar en la mecánica de las extremidades inferiores. Pero lo cierto es que normalmente basta con moverlas mecánicamente sin saber nada de su funcionamiento. Cuando se

²² Wilhelm Hennis, “Estar libre de valores como un precepto de distanciamiento” (traducción Joaquín Abellán), (La actualidad de Max Weber), *Arbor*, noviembre-diciembre 1990, 166 págs., págs. 11-27.

²³ Antonio Valdecantos, *Apología del arrepentido y otros ensayos de teoría moral* (Memo en prensa).

habla mucho de anatomía es que no se anda demasiado bien. Lo mejor es no tener que plantearse muchas cuestiones acerca de los métodos. Así que sus aportaciones metodológicas las afrontó con disgusto. Sin embargo, sus polémicas son muchas y le sirven para definir el método de la sociología comprensiva. La polémica sobre el método apareció en las ciencias sociales alemanas en 1883, con la publicación de los trabajos de Carl Menger y Wilhelm Dilthey sobre historia y metodología de la economía y la sociología. El punto de vista clásico, naturalista y nomológico, estaba representado por Menger y la escuela histórica de economía era seguida por Schmoller, Roscher y Knies. Cuando los historiadores económicos asimilaban el método científico natural, se empeñaban en buscar leyes naturales de comportamiento social. Quienes postulaban la independencia de la historia, por el contrario, defendían la irracionalidad y libertad de creación del hecho histórico. La polémica de Karl Knies con Wilhelm Roscher refleja esta tensión entre los dos puntos de vista enfrentados en las ciencias del espíritu alemanas, a lo largo del debate que sostuvieron en 1903, 1905 y 1906²⁴.

La propuesta metodológica de Weber se da en el análisis crítico de estos diversos puntos de vista²⁵. Roscher pretende reproducir intuitivamente la realidad económica de manera completa y asimila el trabajo del historiador al del científico natural pues aquel persigue las leyes naturales de la economía y la política. Pero, para Weber, la consecución de tales leyes naturales le exige a Roscher la utilización de conceptos abstractos que eliminan los accidentes individuales que le podrían ofrecer la perseguida visión completa. Roscher está situado dentro de la escuela histórica alemana del derecho y del empleo del concepto de "Volkgeist" como unidad real y unitaria de carácter metafísico que explica el carácter irracional del derecho. Weber criticaba el empleo de conceptos y leyes de validez general pero cada vez más abstractos. Dentro de esta visión historicista de Roscher, Weber observa una comprensión fisiológica de los fenómenos económicos a la cual se debe la previsión de que los pueblos nacen, crecen, declinan y envejecen. Así los pueblos civilizados, sin distinción, responderían al mismo proceder ineluctable de decadencia al que

²⁴ Toby E. Huff, *Max Weber and the Methodology of the Social Sciences*, Londres, Transaction Books, 1984, 82 págs., págs. 28-41.

²⁵ Max Weber, "Roscher und Knies und die logischen Probleme der historischen National ökonomie", "Die Grenznutzlehre und das "psychologische Grundgesetz"", *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tubinga, J.C.B. Mohr (Paul Siebeck) (traducción y estudio preliminar José María García Blanco *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos, 1985, XXXX+192 págs.)

responden los cuerpos orgánicos de los individuos. Roscher no admite que los juicios de valor que orientan la política económica sean puramente subjetivos. Piensa que la política económica es unívoca y objetiva, y posee, fijado un estado normal de salud, una terapia según el grado de desarrollo de cada pueblo. A esta visión patética de la economía, que descartaba el crematismo como única finalidad de la economía, le correspondía un determinismo providencialista por el cual el destino de la historia y las tareas de la vida viene asignadas por Dios. Pero a Weber le parecía que este proceso orgánico de vida y muerte de los pueblos estaba escasamente fundado. Este proceso total de declinar y muerte desconsidera los procesos parciales individuales en sus conexiones con leyes. No admite que el proceso total es una resultante de los procesos individuales en sus conexiones causales diversas. Para Max Weber, Roscher es un retroceso respecto de Hegel pues incurre en una “primitiva fe religiosa”, en vez de reconocer el problema lógico existente en las relaciones entre el concepto y lo que es conceptualizado.

A Weber le interesa la polémica de Karl Knies con Wilhelm Roscher por el relanzamiento que tuvo el primero dentro del “socialismo de cátedra”, representado por Schmoller, y el interés que suscitó en Dilthey como formulador destacado de “una lógica del conocimiento distinta de la propia de las ciencias de la naturaleza”²⁶. Lo que el sabio de Heidelberg pretendía era un lugar para las ciencias del espíritu que ni adoleciera de una visión determinista, propia de las ciencias naturales y del positivismo, ni incurriera en un indeterminismo “creativo” en el estudio de la acción individual, propia del romanticismo. En este sentido, Weber se opuso a las explicaciones psicologistas de la acción humana en la historia que, a través del empleo de conceptos como “personalidad” y “creatividad”, atribuyen a la acción humana una irracionalidad e incalculabilidad. Los procesos naturales en un nivel profundo poseen no menos incalculabilidad que los procesos humanos. Una roca blanda, que cae desde las alturas y se desmenuza en múltiples trozos de diferentes tamaños desperdigados caóticamente por una pendiente vertical llena de irregularidades, causa, por lo menos, el mismo azoramiento en su resultado que los comportamientos de la hinchada de un deporte de masas ante la aparición de su idolatrada estrella. Pero el “saber nomológico” hace comprensibles las acciones naturales y humanas en su causalidad diversa. Así que incluso los comportamientos

²⁶ Ibid., pág. 52.

humanos extremos del loco pueden ser interpretados y cabe establecer imputaciones causales a través de un conocimiento nomológico de tipo psicopatológico. Sin embargo, las leyes causales que establece el conocimiento nomológico no significan –en el argumento weberiano-, en sí mismas, nada para la interpretación de la acción. Las previsiones empírico-estadísticas de que la acción se vaya a repetir no nos permiten, por sí mismas, interpretar el significado de determinada reacción. La interpretación de las acciones exige reconstruir internamente las motivaciones de la acción particular. A Weber la demostración empírico-estadística no le parecía que aportase un conocimiento cualitativo de la acción.

Su reconstrucción de las ciencias sociales parte de la distinción neokantiana –seguida por Windelband y Rickert- entre ciencias naturales y ciencias sociales. Las primeras siguen el planteamiento de la “ciencia nomotética” (generalizadoras) y las segundas el modelo de las “ciencias idiográficas” (particularizadoras). Cuando se trata de la interpretación de los hechos culturales –ya sea, nos dice Weber, la vida de los burdeles, las religiones o la peste en la Inglaterra del siglo XVII- se obtendrán interpretaciones tanto más fértiles cuanto menos se acuda a formulaciones sistemáticas como las de las ciencias naturales cuantitativas. Muy al contrario, es necesario esforzarse en comprender las “formaciones históricas concretas”. Para ello, se pondrán de relieve ciertos aspectos considerados más significativos en estas realidades y ciertas conexiones causales concretas. Pero ni cabe captar toda la realidad ni es realizable una concatenación de causalidades infinita que idealmente pudiera dar lugar a leyes exactas. La “comprensión interpretativa” bien expone hipótesis sobre los procesos concretos, o bien construye una terminología que no puede ser absolutamente unívoca, a través de “tipos ideales”. Weber admite que cada uno construye estos conceptos con valores de tipo religioso, ético y estético, de acuerdo con lo que cada uno lleva en el corazón. Pero las ciencias culturales así no hacen abstracción de acuerdo a leyes de lo que los fenómenos tienen de cualitativo y particular. Al abordar la interpretación del *Fausto*, el puritanismo o aspectos concretos de la cultura griega, hemos de atender a una actividad histórico-filosófica sobre valores realizados en estos objetos, según apreciaciones valorativas subjetivas nuestras. Esta interpretación no es una constatación de hechos empíricos válidos. Weber destaca dos tipos de interpretación: la interpretación referida a valores y la interpretación medios a fines o racional en la acción humana. De

acuerdo con la interpretación referida a valores, el historiador realiza una toma de posición –juicio consciente entre posibles valoraciones- respecto al objeto de estudio. Luego volveré sobre ella. De acuerdo a la interpretación de medios a fines de la acción, el historiador atiende a una relación racional, o establecida según leyes, de las causas y los efectos derivables de una hipotética acción. Esta ordenación teleológica permite analizar de acuerdo con la experiencia qué medio de entre los disponibles es más adecuado a la consecución de un fin planteado por un actor racional. Esta construcción de una acción racional es una elaboración de un tipo ideal y no habría podido llevarse a cabo sin una determinada referencia a valores en el proceso de investigación. Le sirve al historiador como elemento heurístico: comprende así hasta qué punto una acción histórica concreta se ciñó o se alejó de esta acción ideal medios a fines (puede observar los elementos no racionales de la acción política real); y obtiene de esta manera un esquema interpretativo de conexiones objetivamente posibles entre acciones racionales en procesos concretos. A través de esta tipología ideal de acción racional medios a fines, Weber superaba la aporía que arrastraba para las ciencias sociales la consideración de la acción individual como una acción meramente creativa, de acuerdo con un patrón naturalista y romántico. La interpretación racional era una forma de superar la consideración de la acción humana como irracional e inserta en un mundo puramente natural. Para la comprensión de la acción individual, Weber descartaba tanto el determinismo y la necesidad causal como el indeterminismo y la libertad irracional. Quiere superar la formulación apodíctica de relaciones de causalidad necesaria que se daba tanto en las ciencias del espíritu como en la historia.

4.- La creación de conceptos con referencia a valores.

La diana de las críticas de Max Werber es Knies como representante de una concepción orgánica del derecho natural y la comunidad –en su ciclo de nacimiento, crecimiento, declive y muerte- que había permeado toda la investigación sobre la cultura humana a través de la escuela histórica del derecho²⁷. Para Knies, las ciencias sociales se ocupan de las leyes necesarias del comportamiento de pueblos,

²⁷ Max Weber, “Knies y el problema de la irracionalidad”, *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales*, Op. Cit., p.165.

organizados unitariamente como órgano sin contradicciones y unidos, a su vez, en un órgano mayor, la humanidad. A Weber toda esta “organología”, propia de la metafísica del romanticismo, muy presente entre sus predecesores, le espantaba. Extirparla era un requisito para diferenciar las ciencias naturales de las ciencias de la cultura. En cambio, tal organología está muy presente en las concepciones sociológicas y antropológicas de Émile Durkheim. Fueron dos grandes y mutuos ignorados en la formación clásica de la sociología. El débil positivismo de esta concepción naturalista de la sociedad poseía presupuestos normativos bien evidentes. Dentro de una tradición que se remonta a Montesquieu, se suponía que las leyes de cambio de la sociedad formaban parte de las leyes naturales²⁸. Tan indefectibles eran la ley de caída de graves como el vector del progreso social. Esta ineluctabilidad del progreso atizó la búsqueda de su sentido en una tradición que se remonta a Saint Simon, Comte y Durkheim. Conocido el sentido de la historia, el científico social suponía pérdida de tiempo esperar a que acaeciera. Que la teoría social sirviera de catalizador del proceso histórico era el mejor partido que podía obtener cada época. La fundamentación sociológica de la ingeniería social estaba preparada. Desde esta perspectiva, *Las reglas del método sociológico* (1895) de Durkheim sorprenden –sobre todo si se las contrasta con los escritos metodológicos de Weber- por el abultado número de presupuestos valorativos que comprenden: una ley de comportamiento social discrimina qué es normal y qué es patológico y se presuponen conceptos como “conciencia colectiva” y “hecho social”, por ser breve, sin mayor preocupación qué lugar ocupan los valores en su teoría social.

La ciencia libre de valores, o *Wertfreiheit*, de un individualista metodológico, como Weber, no da por evidentes ni los argumentos ni los conceptos que emplea en su interpretación del hecho social individual. La elaboración de los “tipos ideales” está referida a valores y su peso específico está ponderado en la teoría social de Weber como *Wertbeziehung* o referencia a valores. En “La “objetividad” cognoscitiva de la ciencia social y de la política social” (1904), “Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura” (1906), “Sobre algunas categorías de la sociología comprensiva” (1913), “El sentido de la “neutralidad valorativa” de las ciencias

²⁸ Émile Durkheim, *Montesquieu et Rousseau précurseurs de la sociologie* (nota introductoria Georges Davy), París, Librairie Marcel Rivière et Cie, 1966, 200 págs..

sociológicas y económicas” (1917)²⁹ desarrolló un proyecto metodológico crítico del positivismo de su época. Se trata de una epistemología que va *más allá del positivismo* y no rechaza sus logros³⁰. El “Archivo para Ciencias Sociales y Política Social”, desde su constitución se plantea qué objetividad tienen los análisis sociológicos con los que se evalúan las políticas sociales, si existen verdades objetivamente válidas en las ciencias sociales, cuál es el fin subjetivo de la ciencia social, qué significa validez objetiva en las ciencias sociales. Además de estar en contra de la visión causalista del positivismo, Weber subraya cómo se dan inevitablemente perspectivas prácticas en las medidas económicas emprendidas por el Estado. Lo que aportan las ciencias sociales, a su parecer, es un análisis de las posibles relaciones entre medios y fines sobre las que el responsable de las decisiones puede optar, la previsión de las consecuencias y la elusión de contradicciones internas en lo elegido. Conocer, así, es diferente de juzgar. Para juzgar no hay normas prácticas de validez científica -tampoco lo es el punto medio entre los extremos-. Las cosmovisiones con las que podemos elegir no provienen, en este sentido, del avance supuestamente superador de la ciencia. No hay principios o ideales últimos universalmente válidos. La probidad intelectual impone al científico, por tanto, explicitar sus posiciones prácticas.

Weber observa la sociedad como una multitud vasta y prolija de acaeceres y causalidades múltiples entre las que el científico ha de optar en la construcción de su objeto de estudio. La vida fluye en corriente caótica de acontecimientos y los conceptos captan una parte elegida de la realidad. ¿De qué depende la selección que Weber propone en la interpretación social? Como cada hecho individual está vinculado a fenómenos y causalidades infinitos, el discernimiento de lo significativo no depende de su inclusión en una ley social abstracta y evidente, como reflejo del monismo naturalista de las ciencias naturales en las ciencias de la cultura, sino de su elaboración como objeto de estudio. No se trata de buscar una explicación causal exhaustiva –pretensión disparatada- sino de discernir qué causas son esenciales y establecer las relaciones fundamentales del fenómeno individual con su exterior. En el análisis cultural de la sociología comprensiva siempre hay una selección personal

²⁹ Max Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre* (introducción Pietro Rossi (Giulio Einaudi Editore, 1958) (traducción José Luis Etcheverry *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1973 (3ª reimpresión 19990), 269 págs.)

³⁰ Salvador Giner y J. F. Yvars, “Max Weber y el método de las ciencias sociales”, Max Weber, *La acción social. Ensayos metodológicos*, Barcelona, Península, 1984, 190 págs., págs. 5-10.

y una toma de posición del investigador en el mundo en vez de la búsqueda de leyes en el proceso. La significación del estudio de ciertas acciones, la orientación de la investigación, se realiza en “referencia a valores”. Si Durkheim padecía un monismo valorativo, marcado por la pretensión de superar la anomia social, que le conducía a dar por hechos sus conceptos, Weber, en cambio, supone que no hay sistema cerrado de conceptos en las ciencias de la cultura y que existe una liza entre puntos de vista valorativos. Si la captación de la realidad es inacabable por su versatilidad, los conceptos han de ser modificados con tal volubilidad. Para Weber, las ciencias sociales son crítica de la formación de unos conceptos que no son copia de la realidad e intervienen en la captación de la realidad como un proceso siempre abierto. Los puntos de vista elaboran los “tipos ideales” –cristianismo, capitalismo, dominación legal-racional, dominación tradicional, dominación carismática, burocracia, disciplina- a base de subrayar ciertos aspectos de la vida social. Los tipos ideales vinculan lo observado con valores, no incluyen juicios de valor. Ni son la realidad ni son leyes de comportamiento social. Aunque, en su estado puro, no se encuentre empíricamente, el tipo ideal tiene una función heurística y expositiva. Sin los tipos ideales, Weber supone que sólo observaríamos caos³¹.

Su debate con la metodología de Eduard Meyer en 1906, le sirvió a Weber para diferenciar el método de la sociología respecto de la concepción historicista de la historia. Por momentos, parece referirse a una concepción de la historia tradicionalmente predominante como almacén de datos con pretensión de descripción de la realidad pasada –una “historia anticuario” si se utiliza la expresión de Nietzsche en la consideración intempestiva “Sobre las ventajas e inconvenientes de los estudios históricos para la vida”-. El mayor inconveniente de esta historia almacén es que ha impregnado a las ciencias culturales con su método historicista, al defender que no se han de establecer leyes de comportamiento social, a la manera de las ciencias naturales, y haber seguido un guión racional medios a fines para evaluar la racionalidad o irracionalidad de los comportamientos humanos. Ante esta confusión, Weber acudió a la diferenciación entre el método nomotético –atribuido por Rickert y Windelband a las ciencias naturales- que supone al hecho como medio de conocimiento inscrito en una conexión real, como eslabón de una cadena legal, y el método idiográfico que lo concibe como objeto de conocimiento

³¹ Max Weber, “La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social (1901)”, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Op. Cit., págs. 39-101.

lógico. Lo de menos, para Max Weber, es que las cartas de Goethe con la señora Von Stein, la cúpula de la Capilla Sixtina o *El capital* de Karl Marx, por ejemplos no poco provocativos, hayan tenido una influencia histórica y sean medios para descubrir una ley social en la historia, lo que importa es su peculiaridad como “objeto de valoración”. La elaboración conceptual de lo empírico requiere un cultivo de la sensibilidad que hace de la historia, en cierto sentido arte, y de las ciencias del espíritu que sean ciencias subjetivantes. El sabio de Heidelberg está siguiendo en todo este razonamiento al Goethe de *Poesía y verdad* (1811-1833), para quien el “hecho” incluye ya teoría, sensibilidad y arte³².

La interpretación como análisis de valor es distinta, entonces, de la interpretación causal. Pero el análisis lógico de estas cartas íntimas, de tan hermoso techo y de tan sesudo libro, dentro del método idiográfico, requiere conocer el ambiente, las conexiones del hecho individual con otros fenómenos. Este análisis de valor o relación a valores –diferente de los juicios de valor- no rechaza el establecimiento de relaciones causales sino que es guía para la interpretación histórica causal. La sociología comprensiva no está impugnando a la sociología explicativa –interpretación legal y búsqueda de conexiones causales- sino que está configurando un método nuevo: la “referencia a valores” como determinante de que un elemento de la realidad sea tratado como hecho histórico individual. Determinados los hechos históricos individuales por referencia a valores, será posible, después, establecer conexiones causales entre los fenómenos, también en referencia a valores. La reflexión de Weber, en discusión con Eduard Meyer, se interna en una diferenciación entre condiciones adecuadas y accidentales, mediante reglas de experiencia y según el grado de causalidad determinante de un hecho. A la visión histórica de Weber le interesa la “tendencia de desarrollo” al que avocan todas las causas imputables a un hecho individual. La significación histórica de un hecho precisa, por tanto, de un saber ontológico y de otro nomológico. Esta visión crítica de la historia no ignora, pues, que la exposición histórica requiere una imputación causal o corre el riesgo de ser una mera narración histórica como la “historia anticuario” del historicismo más estéril³³. Si pudo decirse que la metodología de Weber no fue contra el positivismo sino más allá del positivismo,

³² José María González García, *Las huellas de Fausto*, Madrid, Tecnos, 1992, 212 págs..

³³ Max Weber, “Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura (1906)”, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Op. Cit., págs. 102-174.

cabe señalar, ahora, que su historiografía reelabora drásticamente los fundamentos del historicismo en su tiempo.

¿Hay razones para apuntalar una imagen del sabio de Heidelberg como un metodólogo recluido en el laberinto de las precisiones lógicas? Nada apunta a ello. Quien mejor le conoció posiblemente, Marianne Weber, apunta en la biografía de su marido cuál era su disposición vital en el verano y el otoño de 1917. Un editor le reúne en el castillo de Lauenstein, situado en una cumbre despejada bajo la que pueblan los abetos de los bosques de Turingia, junto a personajes notables de las más diversas ocupaciones. Quieren discutir sobre el sentido y la tarea de la modernidad, averiguar las intrincadas conexiones entre cultura y política. Quién sabe, quizás surja allí un nuevo espíritu alemán con una nueva religiosidad. Aunque el ambiente remite a un mundo comunitario sin la angustia de la libertad, artistas, hombres de negocios, académicos, de diferentes generaciones hablan sin entenderse, ya no hay una lengua común. Ante quienes quieren restituir una sociedad medieval, alude a su imposibilidad, frente a los que ejercen la crítica política interna en tiempos de guerra, esgrime su irresponsabilidad. Weber era partidario de formular sus posiciones últimas ante problemas concretos tanto más graves y urgentes que sirvieran de elemento de contraste. En el fondo, para Weber, las llamadas “cuestiones últimas” estaban supeditadas al compromiso político de una Alemania amenazada. Actúa como un hombre agitado, apasionado, que descarta encontrar una solución científica para los problemas candentes del momento. La virtud científica consiste en una actividad especializada de autorreflexión y búsqueda de nexos fácticos. No aporta soluciones incontrovertibles. Pero por más incertidumbre que exista en las tomas de posición ante los problemas de su tiempo, menos elude entrar en su discusión comprometida. Sus inagotables escritos metodológicos todavía darán mucho que pensar y se inscriben dentro de una desacralización del intelectual honrado. Aquel, como Weber, que postula un destino sin dios y sin profeta³⁴.

³⁴ Marianne Weber, *Max Weber. Ein Lebensbild*, Tübingen, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), 1984 (traducción Javier Benet *Max Weber. Una biografía*, Valencia, Edicions Alfons el Magnanim, 1984, 961 págs., págs. 809-815).

